

Parroquia “Santiago Apóstol” Santiago de la Ribera
SALUDO-PLEGARIA
A LA VIRGEN DE LA CARIDAD
(27 de mayo de 2015)

María, madre de Cristo y madre de la Iglesia, Virgen de la Caridad.

Igual que tú nos acoges, te acogemos con los brazos abiertos como signo de nuestro continuo pensar en ti. Sí, pensamos en ti cada día, muchos días pensamos en ti. Y lo hacemos por muchas y múltiples circunstancias:

Pensamos en ti cuando nos sentimos perdidos y requerimos que nos guíes y orientes nuestros pasos.

Pensamos en ti cuando la noche nos sorprende y el túnel se hace largo y nos vemos faltos de antorchas encendidas.

Pensamos en ti cada vez que vemos en tu vida un reflejo de la nuestra: Proyectos que se desmoronan; situaciones familiares que no terminan de desplegar nuestros deseos iniciales; persecuciones que nos acosan y generan zozobra; huidas de tantas amenazas que hacen de la vida una carga insoportable; migraciones para poder abrirnos un futuro; dificultades con los hijos con quienes vivimos y ellos con nosotros, la distancia generacional; soledades, sufrimientos, injusticias reiterativas; enfermedades, dolores y muertes que generan más preguntas que respuestas.

Sí, Virgen de la Caridad, pensamos en ti, ¡tantas veces! Y ¡tantas acudimos a ti! Que hoy el que estés aquí presidiendo esta tu casa y nuestra casa hace que nuestras gargantas intenten reprimir el llanto de gozo y entusiasmo que nos produce tu presencia.

Cuantas veces pensamos en ti, María, cuando te hemos sentido cercana, alentando nuestra fortaleza y levantándonos de nuestros

cansancios y ha salido de nuestros labios una oración agradecida y el gesto de unas flores que nunca recogen del todo nuestro agradecimiento a tanto bien que nos haces.

Son muchas, tu lo sabes, las veces que pensamos en Ti. Pero de modo especial permite que hoy te digamos que pensamos en ti no solo por cómo recurrimos a ti en nuestras noches y en nuestros días, sino también por ese modelo perfecto de acción de gracias que es el himno que cantaste, cuando tu prima Santa Isabel, madre de Juan Bautista, te proclamó la más feliz entre las mujeres. No te fijaste en tu felicidad, sino que pensaste en la humanidad entera. Pensaste en todos. Pero tomaste una clara opción a favor de los pobres, como haría más tarde tu Hijo.

¿**Q**ué hay en ti, en tus palabras, en tu voz, cuando anuncias en el Magnificat la humillación de los poderosos y la elevación de los humildes, la saciedad de los que tienen hambre y el desmayo de los ricos, que nadie se atreve a llamarte revolucionaria ni a mirarte con sospecha...?

¿**Q**ué osada, qué lanzada, qué actividad y creatividad la tuya cuando en Caná hiciste que se adelantara “la hora” de Jesús, desde tu sensibilidad a los carentes de vino y fiesta!

¿**Q**ué hay en ti, en tus gestos, en tus maneras, cuando dices que “no tienen vino”, cuando organizas, por debajo, sin que se note, una movida tremenda, que nadie se atreve a decir “que estás loca” o “llena de ridículas fantasías”?

María, qué impotencia la tuya en el anhelo de poder acariciar y limpiar la mirada de tu Hijo con tus lágrimas cuando en la cuesta hacia el Calvario intentaste, entre empujones, una y otra vez, acercarte para poner tus labios en cada una de sus heridas.

¿**Q**ué hay en ti, en tu llanto, en tu forma de correr y de estar que aunque no le permitieron a Jesús el unguento del calor porque a la injusticia le estorba y le molesta todo gesto que interrumpa su

mortífera dinámica, tú no desesperaste ni te rendiste ni consiguieron dejarte a mitad de camino?

Maria, Virgen solidaria, que regaste, sin embargo, a pesar de todos los contratiempos, con tus lágrimas, y eso sí que no pudieron impedírtelo, la agotada vida de tu Hijo hacia una muerte que resultó ser gestación de un mundo nuevo liberado. Lágrimas de Madre que mantuvo el sí a Dios desde el primer anuncio hasta el final. Lágrimas arrojadas por las de otras mujeres afectadas por tan disparatada realidad. Trágica impotencia de ver al Hijo amado caído y aplastado por la impiedad, vencido por la violencia farisaica. Le quitaron la intimidad ante tus ojos al quitarle sus vestidos desgarrando su piel y violando hasta lo más reservado.

Qué frío, madre, el momento desnudado, a la intemperie de la burla y el escarnio. Qué duro el desamparo sin manos que cubrieran su humana intimidad ni abrazaran su cuerpo en soledad. Y tus manos al aire le buscaban.

Madre al pie del Hijo crucificado traspasada de dolor en tu agitado corazón que escuchó como eco imborrable el momento del grito de su muerte lenta, agonizante y, sin embargo, tan cargada de misterio y desconcierto, que no pasó para ti desapercibida que en la entrega amorosa de la vida estaba tu Hijo Jesús manifestando su máxima libertad como ofrenda a Dios y a toda la humanidad cuando escuchaste: “A tus manos encomiendo mi Espíritu”.

Decía San Agustín: “Si quieres conocer a una persona no le preguntes lo que piensa, sino lo que ama”. ¡Cuánto amor el tuyo María! ¡Cuánto amor reflejo del amor entregado de Cristo!.

Queridos amigos: Hoy la Virgen María en esta imagen querida de la Virgen de la Caridad nos sigue diciendo que allá donde se ama se sufre. Hoy María mostrándonos a su Hijo en los brazos nos sigue expresando en su situación, su desnudez, su bendición a cada rostro dolorido, como diría el filósofo Emmanuel Levinas, “como alguien que me busca, que se pone bajo mi

responsabilidad. Ahora debo contestar por él, ser responsable de él. Cada gesto del Otro es una señal dirigida hacia mí”.

María mostrándonos que Cristo nos reclama en tantos otros hijos que soportan las interminables cruces que hacen de este mundo un continuo valle de lágrimas. Pero “la vida puede dejar de ser totalmente insoportable, si uno sabe que hay una persona para quien dicha vida es mucho más preciosa que la suya propia”. **L**a Virgen de la Caridad, nos llama a esta responsabilidad por el otro, por cada otro; a la mano tendida, a la palabra que alienta, a la mirada que consuela, al perdón auténtico, al abrigo que nos complica la vida al implicarla en la fascinante aventura de hacer de nuestros brazos abrazos de hermanos. De esta manera, como dice D. Bonhöffer “los cristianos están con Dios en su Pasión”.

María se convierte así también en llamada a lo que está por venir, a lo que hemos de anticipar, a no quedarnos atrapados por el grosero realismo de tanta vida maltrecha. Ella sufre, pero confía y espera. “El profeta cuando gana, pierde. Cuando lo crucifican es cuando gana. Pero eso sólo se comprende después (ni siquiera el mismo Jesús tendría conciencia de que, por ser quien era, tras la cruz venía la vida que no muere, lo que tenía era fe y esperanza en medio del `Por qué me has abandonado´)”. Decía García Lorca que “el más terrible de los sentimientos es el sentimiento de tener la esperanza perdida”. María mostrándonos a su Hijo viene a decirnos que Él lleva en sí todos los desiertos de nuestras vidas. **E**n su cruz está cada una de nuestras cruces. En su dolor está cada uno de nuestros dolores. En su vida está tu problema y el mío. En su pensamiento está cada llanto y cada grito. En su corazón “la tierra es insultada y ofrece sus flores como respuesta”. María nos muestra al Hijo para que descubramos que en Él la vida vence a la muerte; el amor triunfa sobre el odio; y la justicia se abre paso como buena noticia a todos los que se le hace la noche interminable.

En la Encíclica “Salvados en esperanza”, Benedicto XVI nos dice que “en cada pena humana ha entrado uno que comparte el sufrir y el padecer; de ahí se difunde en cada sufrimiento la con-solatio, el consuelo del amor participado de Dios y así aparece la estrella

de la esperanza”. Con estas bellas palabras lo expresa Khalil Gibran: “En el corazón de todos los inviernos vive una primavera palpitante, y detrás de cada noche viene una aurora sonriente”.

Que no duden los pobres en poner su mirada y su confianza en la Virgen de la Caridad. Que no haya nadie entre nosotros, que después de verla, deje de afrontar su cruz con esperanza. Que el tiempo desde el túnel, no venza su empeño en que tiremos la toalla. El invierno pasa y la noche no impondrá su fría y lenta guadaña. “Podrán cortar todas las flores, pero no podrán detener la primavera”, decía Pablo Neruda. Y nosotros, con los ojos de la fe y la fuerza que nos lanza la Virgen de la Caridad podemos afirmar que el triunfo será de Dios, pues en el amor de Jesús que nos muestra en sus brazos, nos salva.

¡Virgen de la Caridad!,

¡Préstanos tu voz y canta con nosotros!

¡Virgen de la Caridad!

¡Pide a tu Hijo por nuestro pueblo de Santiago de la Ribera!